

“El deber cívico” en la poesía de Gabino Alejandro Carriedo

Marcelino García Velasco

La expresión “*deber cívico*” es usada por Gabino Alejandro Carriedo cuando responde a por qué hizo poesía social.

“*Cívico*” no tiene aquí significación referida a lo ciudadano o a los ciudadanos, sino a lo *patriótico*. Todavía en aquel tiempo España era una patria y así la sentían Ángel González, José Hierro, Blas de Otero, Gil de Biedma y, también, Gabino Alejandro Carriedo.

Éste no puede ser más claro en la afirmación: “si hice poesía social fue por deber patriótico”. ¿Por qué, entonces, emplea el vocablo “*cívico*”? Seguramente porque en aquel tiempo el concepto patria había sido tan manoseado, tan apropiado también como derecho exclusivo por ciertas tendencias políticas, que emplear el término *patriótico* resultaba confuso y casi por entero excluyente del progresismo y de quienes buscaban una salida política distinta a la que padecían.

El abuso de la palabra patria por unos como algo perteneciente a su clase, había empezado a ser, al menos, rechazada por los otros que siempre la habían considerado como patrimonio de todos.

Gabino Alejandro Carriedo nace en Palencia en 1923, en una humilde casa de la calle de la Plata, frente a las escuelas Públicas de la Puebla, y muere en San Sebastián de los Reyes (Madrid) en una soledad de septiembre de 1981.

No fue larga su vida, pero sí bien apañada de historias personales, verdaderas o atribuidas, o inventadas, incluso por él mismo, aunque muy bien pudieron ser verdad todas ellas, pues todas y cada una de las que se cuentan y contó, encajan perfectamente en su manera de ser para la vida y estar en la vida.

Queden ahí todas ellas; que en realidad sólo fui testigo de una ocurrida en casa de su hermana Luci, en la calle de Ramírez, frente al edificio del antiguo colegio de las Angelinas, en un viaje que hizo Gabino a Palencia para la presentación a la familia de la que fue su primera mujer, Julia. Pero todas

ellas ayudan a entender mejor la poesía de Gabino Alejandro Carriedo, es decir, la actitud de Gabino Alejandro Carriedo en la expresión del hecho poético. No se debe olvidar que la manifestación de la intimidad es un acto de personalidad que el poeta puede ofrecer con los disfraces que crea convenientes, o de los que disponga en ese momento, o para ese momento, pero siempre quedan, adivinados, los perfiles personales y vitales, en una palabra, el carácter humano del escritor y todos aquellos ingredientes que le fueron formando en el vivir.

Los Carriedo eran muchos y con el único capital de su talento, lo cual vendría a estimular su afán de hacerse a la vida siempre hacia una esfera social superior a la de su padre, conserje de la Delegación de Hacienda.

Gabino ingresa en las Escuelas Preparatorias del Instituto Jorge Manrique donde cursa, superado el periodo preparatorio, el Bachillerato, como alumno oficial y libre. Siente, entonces, el latigazo literario, posiblemente, influido por la palabra de un profesor de Griego, Dacio Rodríguez Lesmes, a quien dedicará -¿su primer libro de versos?- “EL CERCO DE LA VIDA”, que siempre dejó inédito y que, desgraciadamente, no sé por qué intereses de cariño -hay amores que matan- o de notoriedad, han dado a la luz en PAVESAS. HOJAS DE POESÍA. NUM. XVI. SEGOVIA. (2002) y que han hecho que las cenizas del poeta hayan querido escaparse del panteón familiar para agarrar de las orejas -o puede que de otros apéndices más ocultos- a los responsables de ésta, para mí, insensatez. Qué gran error ese de dar al conocimiento de lectores -como si se tratase del descubrimiento de un nuevo continente- aquello que el autor no quiso publicar en vida y que si guardó en algún cajón íntimo y privado fue porque formaba parte de su vida y se conserva como esas viejas fotografías que nunca se miran por no llorar un tiempo irrepentible y que, por amor, uno nunca acierta a destruir.

De seguro, y volviendo al autor de este libro, influiría más en él, y en el grupo de muchachos con inquietudes literarias y de años parejos, que se movían en el viejo Instituto de Palencia: -Luis Martín Santos, José María Fernández Nieto -este profesor que el catedrático de Literatura, D. Severino Rodríguez Salcedo, de otro talante, adusto y distante. Con él -periodista, además, en EL DIARIO PALENTINO- formarían en 1945 la TERTULIA NUBIS, de la que saldría la revista “NUBIS”, “Silva de las ideas y las letras”, y que aglutinó a todos los espíritus más o menos inquietos de los primeros años de posguerra, tiempo en el que muchos de ellos ya habían ido desprendiéndose del tímido barniz falangista con el que se vieron cubiertos, o tuvieron que cubrirse, cuantos quisieron manifestarse desde un medio de expresión

al público en todas aquellas ciudades de la que se llamó España Nacional que quedaron sin padecer la guerra.

Pero antes de que apareciese "NUBIS", Gabino Alejandro Carriedo se había hecho delineante en la Escuela de Aprendices de la Fábrica de Armas, se había alistado voluntario en la Marina -algo propio de la personalidad gabiniense: su voluntad o capacidad de sorprender- y destinado al crucero Almirante Cervera, mítico barco de la guerra civil española, en el que cumplió el servicio militar, del que fue licenciado en 1944 debido a su mala salud, y que él supo aprovechar leyendo a su gusto la biblioteca del cura castrense a bordo en la que descubrió mundos nuevos que potenciaron el desarrollo de su inclinación literaria.

En 1.946 publica el libro "POEMA DE LA CONDENACIÓN DE CASTILLA", portador de una materia que chocaba abiertamente con los postulados del nacionalcatolicismo del régimen y con la retórica de los modernistas rezagados que seguían amodorrando al personal con su apología de héroes, mártires y santos nacidos en una tierra que hizo a España, enlazando así perfectamente con la literatura triunfal y su dictado político en el que se guardaban -según sus cantos - intactas todas las virtudes de la raza que, un día -no lejano- habría de salir de nuevo a relucir: ese nuevo amanecer imperial de las canciones vencedoras para desfiles y marchas juveniles.

Por supuesto que ante estas proclamas renovadoras, "POEMA DE LA CONDENACIÓN DE CASTILLA" no tenía nada que hacer pues en él se expresaban los sentimientos del poeta, casi blasfemos políticamente, y las resonancias trágicas de Unamuno y de los noventayochistas, o más bien de los regeneracionistas Joaquín Costa y Julio Senador.

Para bien y para mal, el libro no pasó desapercibido y cuando Gabino Alejandro Carriedo se presentó en Madrid olvidó, ya para siempre, la vida de su ciudad, a la que sólo volvería en contadas ocasiones y a rendir con el peso -leve- de sus cenizas sabor un día a su tierra, cuando la tumba familiar en la que se guardaron se haga suelo.

Sabemos que no era Palencia el destino definitivo del poeta, que no estaba hecho para vivir en una ciudad anquilosada y anquiladora, pero estoy seguro de que la incomprensión y hosca manifestación de amplios sectores de la sociedad palentina -aquella más presta a escandalizarse por servilismo a un ideario- algunos próximos a él, aceleraron su marcha a Madrid, que se produjo en 1947.

De este breve libro, “POEMA DE LA CONDENACIÓN DE CASTILLA”, sabemos que nunca Gabino Alejandro Carriedo se arrepintió, como lo prueba ser el único que alcanza -en vida- dos ediciones, la segunda en 1964 hecha por él mismo con ligeras modificaciones en configuración, títulos, citas y versos, e ilustraciones de pintores amigos, un año después de la aparición de “POLÍTICA AGRARIA” -1963-, como queriendo demostrar que esta obra, en plena fiebre cívica o de poeta civil, era una herencia de aquella otra que en 1946 hizo ver y cantar una Castilla que en nada se parecía a la que se vendía desde los círculos oficiales o del poder.

No fue, desde luego, Gabino Alejandro Carriedo un poeta civil al uso, pero lo civil no le fue ajeno nunca y su voz se deja oír siempre que es menester, y se puede buscar -y encontrar- en casi todos sus libros hasta 1963, claro que no en todos como una manifestación directa, -lo cívico poético no ha de ser doctrinario, o por lo menos, no debe dejar una consigna política en el aire, sí un silbo poético que lleve a la política- por dos razones: una, de seguridad personal -el poeta no tiene por qué ser, además, mártir- y otra, de imperativo artístico.

Pero entre todos los poetas de su generación, los llamados Grupo del 50, es, junto a Ángel González, José Agustín Goytisolo y Jaime Gil de Biedma, quien más significado testimonial aporta a la poesía y, por edad, antes que ninguno de ellos pues yo considero ya dentro de este apartado “POEMA DE LA CONDENACIÓN DE CASTILLA”, claro que en lo que en 1946 era posible conseguir y ofrecer.

Escrito dejó Gabino Alejandro Carriedo, por medio de una entrevista que en 1980 le hizo Alicia Cid en el diario PUEBLO:

“Hoy en día no estoy de acuerdo con ese tipo de poesía considerada como arma para mejorar nada -alusión a Gabriel Celaya y conformadores de la poesía social-. Si acaso, para mejorar la propia poesía. También estoy en contra de todos los profesionalismos en este campo, y si, por ejemplo, hice poesía social en un determinado momento fue por deber cívico, pero sin prescindir nunca de la ironía y del humor.”

Estas declaraciones son tardías y cuando la poesía social pasó a ser atacada, no justamente, y vilipendiada, por arribistas, negándole el pan y la sal, y no queriendo reconocer cuanto de bueno se escribió bajo esta adjetivación, casi siempre por poetas que no entraban en las listas al uso de los sociales. En realidad, lo que no quiere es que lo encadenen a los poetas sociales de oficio.

Posiblemente la confesión sea sincera y, desde luego, interesada e inteligente, pues el camino abierto por la poesía social no había tenido final, aunque sí destino, y él había dado ya “LOS LADOS DEL CUBO” y tendría escrito, o casi, “LEMBRANÇAS Y DESLEMBRANÇAS” y otros poemas no incluidos en libros, tan lejanos a lo testimonial.

La muerte -en plena madurez, 58 años- nos ha impedido ver la perseverancia de esta confirmación, por otra parte, perfectamente lógica pues todo aquel mundo y su trasfondo ante los que alzó su protesta, habían desaparecido.

Pero vayamos cronológicamente a sus poemas. Será mi guía la lectura de ellos y mi opinión, la de un lector, simplemente. No habrá por lo mismo método profesional ni se apoyará en ninguna erudición literaria. Yo quiero hablar de lo que yo hallo en la poesía de Gabino Alejandro Carriedo, nunca de lo que otros encontraron en ella al leerla y estudiarla. Por eso no habrá citas, pues en nadie me apoyo.

Ocurrirá, seguramente, que me equivocaré, que coincidiré con otros y, con tantos, no estaré de acuerdo, ni ellos conmigo, vaya lo uno por lo otro.

Dijimos que en 1946 publica “POEMA DE LA CONDENACIÓN DE CASTILLA” y que en 1947 se va a Madrid. Y que en 1952 da a conocer un libro que lleva por título una frase -o verdad popular- “DEL MAL, EL MENOS” bañado de expresiones populares y del lenguaje del hombre de la calle. Y es su mérito convertirlo en poético.

¿Qué ha hecho Gabino Alejandro Carriedo en estos cinco años madrileños? Vivir, recorrer España, zambullirse en una alegría bohemia en la que él es siempre el personaje, explotar su humor, aprender, conocer a poetas y pintores, convivir con ellos, sumergirse en el mar del postismo, fundar con Ángel Crespo y Federico Muelas la revista “EL PÁJARO DE PAJA”, publicar poemas sueltos, pasar por la Escuela Oficial de Periodismo y enterrar en Palencia a su madre, por ejemplo.

Los poemas postistas son puro humor musical, encaje de palabras para la sorpresa y que, me atrevería a afirmar, fueron concebidos como mero ejercicio expresivo para dominio de recursos elementales: repeticiones, anáforas, paralelismos, hipébaton y exaltación de la jocosidad más juguetona donde el ser Carriedo, persona y espíritu, se movía en un clima natural.

El influjo de Chicharro y Ory es decisivo. Por Ory siente, además, una gran admiración, tan grande que le lleva a seguir su camino y escribe, como él, una serie de sonetos, “LA FLOR DEL HUMO”, inéditos como libro, tan

afines a los de Ory y en los que demuestra un dominio absoluto de esta estrofa.

“DEL MAL, EL MENOS” es una ruptura con lo externo del postismo. Lo que era juego, se hace seriedad y, cuando aparece el humor -casi de continuo- hiere, pues se apoya en la ironía. El humor ya no está aquí para arrancar la risa -su gran función- sino para hacer pensar o denunciar un dolor.

Se ha hablado de “realismo mágico”, yo más bien creo que se trata de realismo irónico para alumbrar una sonrisa, que suele ser tan dolorosa como una lágrima.

Esto que han venido a llamar “realismo mágico” en Gabino Alejandro Carriedo no es ni más ni menos que un realismo cotidiano contado desde el humor, cínico, unas veces, sarcástico, otras, pero que levanta siempre una sonrisa de comprensión y complicidad, seguramente por la fuerza que da la ternura con que el poeta baña la expresión de la información, porque en el conjunto de lo que se ha denominado “realismo mágico”, la poesía de Gabino Alejandro Carriedo es canto e información, no cuento.

Mucho le debe Gabino Alejandro Carriedo al neorrealismo cinematográfico, tanto o más que a César Vallejo de quien aprende el uso del habla coloquial popular y a denunciar sin tremendismo. Es curioso cómo Gabino, que vivió de lleno los postulados espadañistas, reniega de esos poetas por no hacer uso del humor.

Este neorrealismo le lleva a dar a luz situaciones para la denuncia y la condena, pero dichas, siempre, como si se tratara de una confidencia trágica a la que se está puliendo el dolor.

Véanse versos del poema “Monte el Brusco”.

“El campo de los muertos tiene sabor a esteras
vistas desde la torre del crepúsculo ciego.

(No se pudren las manos que trabajan la tierra
desigualmente repartida,
pero brota el cansancio de los cuerpos que sufren:
son los hijos que heredan las costumbres estúpidas
de conducir ganados o birlarle a las aguas
bobalicones peces -los selectos crustáceos
que comerá la gente del dinero.)”

El rebelde Gabino no ha de “callar por más que con el dedo” le apunten la sombra de las cárceles, por más que esté en 1952 y la política hable de la justicia social, dar a esta patria justicia y pan. El poeta no encuentra cumplido este deseo y lo hace saber en sus poemas.

Más feroz en la denuncia, aunque sea más solapada y disfrute de aire de parábola evangélica bañada de sarcasmo, se pronuncia en el poema “El niño muerto”, uno de los grandes y personalísimos poemas de Gabino.

Por ejemplo, el niño estaba realmente malo.
Nadie se sorprendía, por ejemplo,
de que la madre se pusiera triste,
de que el domingo nada de concierto,
de que, por ejemplo, el padre paseara pensativo
de la mañana a la noche por su colocación.

Por ejemplo, naturalmente, murió el niño:
se fue, pobrecito, al cielo a jugar con los caballitos del cielo.
La madre, claro, no se consolaba,
andaba de cabeza su marido con los papeles
y la vecina decía lástima de criatura,
por ejemplo.

Quieras que no tuvieron que pensar en sacarlo:
el niño olía mucho, por ejemplo.
Las cintitas azules,
una caja elegida con esmerado gusto,
por ejemplo, dos curas, una corona, un coche
y -pián pianito, al cementerio,
con los niños detrás que amigos suyos fueron,
muy vestiditos, eso sí, por ejemplo.

Por ejemplo, por ejemplo,
pronto se pasó la pena,
y la madre se pintaba asiduamente,
y enseguida volvió al ginecólogo análogo
para hablar, por ejemplo, de otro niño posible,
y el padre mientras tanto a ganarlo en la oficina,
y a decir la vecina poco bien que estará,
por ejemplo, señores, el angelito en el cielo.

Téngase en cuenta que en aquella época de escasez y cartilla de racionamiento, la mortalidad infantil es un hecho preocupante y que ocupa todo un estadio de injusticia mayor. No es gratuito el tema, ni simple humor negro, sino plenamente intencionado que Gabino Alejandro Carriedo deja ahí, como jugando, como temblando, como si fuese una noticia en un rincón perdido de un periódico. Nótese, también, cuánto de técnica periodística encontramos en el poema, posiblemente, fruto o consecuencia de sus estudios de periodismo en aquellos años.

“El hombre tiene miedo a muchas cosas”, se compone de ejemplos banales que producen miedo, para, entre ellos, hablar de situaciones emergentes, todavía, por aquellas fechas:

“Me asusto del que escapa porque algo habrá ocurrido,
de aquel que palidece si llaman a la puerta.”

Esta realidad última dará pie a la creación de un terrible y maravilloso poema, “Teoría del miedo”, en su libro “EL CORAZÓN EN UN PUÑO”.

Ese miedo, inexplicable hoy, pero existente, recorre y protagoniza muchos poemas por los que se pasea el agente policial o el temido delator que entra y sale en las conciencias, así como en las habitaciones o en las oficinas. Se espía para informar.

Son peligrosos los falsos pacíficos, la fingida bondad de los hipócritas. El miedo, como los niños muertos, como los que tienen por norte el medro personal sin parar en límites ni métodos, el delator, son las miserias de la época y las denuncia pues en este tiempo de larga posguerra y sus secuelas, es necesario educar a la gente, advertir a la gente. Y entre expresiones que pueden arrancar sonrisas:

“También sed compasivos con el asno...
no pernoctéis en cama acostumbrada”

deja caer un ruego necesario:

“no denuncies al rojo que se esconde.
Apacentad mi oveja, que es la gente,
y odiad el odio y por la paz temblad.”

Pretendo dar cuenta de un compromiso testimonial por el poeta Gabino Alejandro Carriedo de un tiempo que se le hace amargo, con esa técnica

neorrealista del cine: ver el paso de la vida a través de una tristeza en la que se intercala el humor, porque no todo -dirá Carriedo en el decir de la gente- va a ser lágrima.

“A veces llueve, es cierto, en la alameda
donde los chicos juegan en verano
con fusiles que recuerdan cosas
que nunca quiero recordar ni debo.

Cuando llueve es mejor poner la Radio
Nacional y escuchar al locutor:
un pato que se ha ahogado en un estanque
y un discurso del Papa a las monjitas;
una revista en el Martín, pantanos
que se inauguran cada dos por tres,
una venta de restos post-balance,
Gibraltar, muebles López y un refresco.

Pero a veces, también, y cuando llueve
contemplo que no hay cómodas ni mesas
en la casa, ni nadie que te mira
con ternura y te vele por la noche;
ni leche que tomar por la mañana
cuando despiertas, como un susurro.

Versos antes, en el mismo poema, he leído:

“madres que hacen carbón con los cartones.”

En cierta ocasión -“19 POETAS. ANTOLOGÍA DE LA POESÍA PALENTINA DEL SIGLO XX”- escribí de Gabino Alejandro Carriedo: Hombre llevado a los extremos pasa del tremendismo a la travesura, de la seriedad regeneracionista heredada a la risa que produce el humor, de la rigidez al juego con las palabras, de la sintaxis reglada a la anarquía del ritmo, de la realidad a la invención, en esa indiscutible trayectoria de captar la atención del otro, así en la vida como en la poesía, en la realidad como en la ensoñación.

Y en este discurrir de un confín a otro confín, durante mucho tiempo, casi hasta el final de la Dictadura o cuando ya se adivina que su ocaso presagia su muerte, el compromiso cívico del poeta es patente.

¿A son de qué, si no a ese espíritu de compromiso, responde “Pequeña elegía a Manolo Rueda”, apostillando bajo el título, a modo de homenaje o dedicatoria: “condenado a muerte y fusilado a los 17 años”? Y no es un poema nacido del calor de un hecho en su momento, sino que pasan años, muchos años, hasta que Gabino Alejandro Carriedo dé cuerpo a este suceso en el que quedan envueltos, clavados en él para la Historia, quienes tenían poder para fusilar.

PEQUEÑA ELEGÍA A MANOLO RUEDA

condenado a muerte y fusilado a los 17 años.

Por aquí dicen que apareció su cadáver
y olía mi corazón a cementerio.

Bajo las charcas húmedas de la distancia
se pusieron las ranas a llorar.
Apenas había amanecido y el aire tenía
una tristeza trágica, infinita,
una tristeza como de pozo,
como de mar que se retira, como de rutina que se hunde,
como de corazón que ya no crece.

Fue aquélla la última vez. Las rosas mojadas,
qué bien olían, Dios. La geografía se iba quemando
al tiempo que los muebles y las horas.

Y la sangre nos golpeaba las sienas,
y la vergüenza nos subía a las mejillas,
y la rabia a los puños,
Pero todo era inútil, porque
debajo de la tumba que nadie sabe
hoy los huesos de muchos se juntan con los tuyos.
Parecía imposible, cosa de broma, pero ahí está
tu calavera que todavía se horroriza.
Ahí está tu podredumbre para testimoniario,
tu juventud tronchada preguntando razones,
tu vivo idioma permanente
pidiendo un puesto en las tribunas.

El agua rueda al mar, y los amigos
de la escuela te colocamos flores
sobre el jardín de nuestros juegos
que una mañana se bañó de pólvora.

¿Existió, alguna vez, el país que cuenta Gabino en su poema “Teoría del miedo”? Porque existió lo cuenta, para que cuando se lea este poema se tenga presente que, entonces, en aquel tiempo, todavía en aquel tiempo -1.961- era posible la realidad de esta inhumanidad.

No estoy seguro, no lo puedo estar,
no hay quien esté seguro.
Todos miran en derredor
cuando hablan, cuando susurran, cuando piensan,
todos miran hacia la puerta cuando entra alguien,
todos sonrían, todos desconfían, todos se echan a temblar.

Todos, más o menos, piden compasión,
perdón, piden clemencia para su delito
de respirar,
de transitar por la calle,
de comer pan todavía,
de existir en 1961.

No hay quien aquí, en esta sala,
en este solar mismo, lugar, patria de ahora,
pueda dormir tranquilamente
sin cerrar previamente la ventana,
sin mirar por detrás de los armarios,
sin darle doble vuelta a la llave del corazón.

No hay quien serenamente pueda comer
sin miedo a ser interrumpido,
cuando hacia la primera cucharada
no es del todo imposible que suene el timbre,
que entren después dos hombres preguntando
por el cabeza de familia,
que se lo lleven a la calle
mientras los hijos miran con los ojos atónitos,

mientras la madre les explica
que nada ocurre, que un momento se ausenta
papá con los amigos
para hacer algo urgente.
Pero papá no vuelve nunca
o cuando vuelve, vuelve con los ojos enfermos,
vuelve cansado de llorar,
pálido y en cuclillas como un simio asustado.

Vuelve con las piernas dobladas,
con las costillas astilladas, los dientes deteriorados
y en la boca una mueca maquinal y sangrante.
Vuelve hablando de un tiempo que la gramática no recuerda,
pasado-presente-futuro anterior,
tiempo que pertenece a un ayer todavía vigente,
que pertenece a un presente que se dilata aún.

Vuelve para arrastrarse
ese hombre que soy yo, o eres tú, o aquel otro
que amorosamente cuidaba los libros,
que hacía carreteras
y echaba de comer a sus caracoles.

Por eso tiembla hoy la Humanidad
cuando habla, cuando escuchan, cuando suena un teléfono,
cuando alguien te pregunta por la hora,
cuando hay quien se coloca cerca de ti en la calle
y es del todo imposible justificar la vida.

¿Tiene algo que ver este poema con el *realismo mágico*? Pura tragedia, no posible, sino testimoniada por hechos reales, es el canto y el cuento del poema. Buscar denominaciones sonoras para encajar la obra de un poeta en ellas, trae, a veces, el salirse del cauce real del hecho. Gabino Alejandro Carriedo es más osado que los críticos -y eso que escriben más tarde-más comprometido con su tiempo y su realidad que ciertos analistas de su obra. Este poema es un denuncia con la ironía mínima precisa para no dificultar su publicación, su conocimiento en el momento oportuno.

Y entre aliteraciones y asonancias internas en los versos *-simio asustado, costillas astilladas, dientes deteriorados, mueca maquinal-* el poeta va desgranando una denuncia de dolorosa actualidad desde un tono narrativo de irrealidad como el de aquellos viejos cuentos que en nuestros pueblos conservaba la oralidad.

Este poema tiene un antecedente en otro de 1.952, “Informando”, que incluye el libro “DEL MAL, EL MENOS”.

Por la mañana vino a parar este señor,
a preguntar por usted,
a llevarse su libro,
a llevarse las cosas que había encima de la mesa
donde puso la carta escrita anoche,
donde estaba el tintero,
la pluma estilográfica, el llavero,
y donde vagos recuerdos de amigo había
y la fotografía de una mujer
que dijo servían de prueba.

Ha venido por sus pasos al patio,
entró hasta en el comedor,
se detuvo mirando los tapices,
lo registraba todo
y después ha vuelto nuevamente al despacho
donde había montones de papeles,
montones de carpetas,
montones de notas sospechosas como de negocios
(nunca me advirtió usted nada).

Más tarde ha preguntado por su madre,
la pobrecita apenas tenerse puede en pie
y ni siquiera pudo hablar.

A mí me ha dicho que si era yo algo suyo,
que cuánto tiempo hacía de una cosa
y qué visitas recibió.

Después de concluido el atestado
se han llevado al cadáver de usted en la ambulancia.

Había demasiada gente en el portal.
 Daba tristeza, puede creerlo.
 Yo estoy roto de llorar y no sé qué hacer.

Y no descansa la tristeza en este libro. A pesar de la vitalidad gabiana, la pirueta palabrera, el juego de luces contradictorias, de vocablos aparentemente descolocados, al poeta le puede lo trágico del cuento porque poco a poco Gabino A. Carriedo ha perdido capacidad informativa, mejor, ha ido ganando para la información la cercanía ensoñadora del contar.

Da fe el poema "Un recuerdo de infancia".

Aquellos libros de anteayer, la manta
 sobre las rodillas,
 los gusanos de seda haciendo el tiempo
 y un perro apaleado,
 sumisamente inútil, con los ojos
 puestos encima de mis ojos,
 ¡ah!, pero el pájaro también
 profundamente preso en la ventana
 (de la vecina)
 puesto -¡vivo!-a secar en la ventana,
 y la hoja de lechuga,
 y el pánico que entonces tenía de los disparos
 de la noche,
 madrugadas letales, que no olvido,
 de los hombres llegando con la barba
 sin afeitarse por cuatro días,
 condenados al hoyo (por supuesto
 y sin apelación),
 ¡ah!, todo lo recuerdo,
 lo mantengo presente en la memoria,
 a intervalos leyendo, ora comiéndome las uñas,
 y ahora contemplo la dormida casa
 paterna, con su patio
 monacal, con sus camas,
 con su gato tranquilo lamiéndome los pies,
 y la bandeja del Rum Negrita

de la pared colgando,
 y el pájaro aludido
 recluso en la ventana,
 así escucho las voces feroces
 -desenfrenadas las pías turbas,
 mediada ya la guerra
 los telegramas comunican
 que el enemigo retrocede, el avance
 todavía se obstina,
 se avanza por dentro de lo dentro,
 tiemblan los muros débiles,
 se estremecen -incluso, por entre su conciencia
 las gentes viendo el fuego
 crepitar, los escombros
 verdecen entre las ratas y los niños
 mirándose asustados junto al lirio saqueado,
 frente a la casa derribada
 (son recuerdos de ayer), todo lo digo
 porque me acude a la cabeza,
 porque hasta ocurre recordarlo
 sin rencor,
 mirando el calendario cómo se hunden los días,
 cómo las cosas pasan (y aún está preso el pájaro).

Es significativo que en este libro los poemas no acusadores, gocen sin límites del modo de decir gabiniiano -ironía, jugueteo fónico, hipébaton para la musicalidad y otros efectos poéticos, encabalgamiento al servicio de la intención o de la ironía y, siempre, de la claridad- y entre ellos se encontrarán los poemas denuncia. Es como si desde su intención fuera una técnica de camuflaje para eludir la censura.

No creo que se deba llamar -por muy bien que suene- “realismo mágico” a esta manera de compromiso. Pero se hace. Y lo mismo se denomina a la poesía de “POLÍTICA AGRARIA”, libro que en el fondo, y en la dirección, tiene una decidida germinación revolucionaria o, al menos, de confrontación para la Historia. Se gesta cuando, por razones de trabajo, Gabino Alejandro Carriedo recorre los campos de España y los patea, coincidiendo con ese clamor de emigración y de abandono de pueblos que es España. Son los años en los que lo testimonial perenne de un pueblo va a ser lo externo: la tierra, el

paisaje. El paisaje nos hará vivir, lo dijo alguien. No es verdad, en estos días de huida masiva, el paisaje nos hará ver que campa solo, que el hombre ha desaparecido de él.

Y para este viaje Gabino Alejandro Carriedo sí echa mano de todos sus recursos personales, de su manera poética de comunicar, sin perder la sonrisa, el humor, la lágrima, la cicatriz, la burlona socarronería del juglar que busca el afecto de quien le escucha. Y ese juglar, en el “Pórtico” del libro ya advierte, -como Berceo: “si no lo viera escrito non lo sabría decir”-:

“no soy yo quien habla:
habla un pueblo que tiembla.”

Es como si anunciase: creedme, pues el pueblo no miente nunca. Si tiembla, es porque tiene miedo. Y el miedo siempre nos llega impuesto, no es una creación gratuita de la persona.

“Teoría de la Agricultura” es uno de los poemas más terribles del libro, posiblemente el que más. El padre pasa al hijo el trabajo, pasa al hijo la herramienta, no las tierras, porque no las tiene, le pasa, entonces, el hambre, el abatimiento, el cansancio, toda la tradición campesina asalariada o de medio pelo. Y entre padre e hijo, sólo el paisaje, y “tan bonito que parece una tarjeta postal.”

TEORÍA DE LA AGRICULTURA

El labrador viene con su carga amarilla de panes
a medio cocer.

Viene por el sendero el labrador adormecido
con la pesada carga de los años,
saluda al prójimo con su mano encallecida
y mira, que lástima, la tierra tan bonita,
con su puesta de sol, y el silencio, y los primeros cantos de los grillos
cuando los pájaros se han puesto a dormir,
qué lástima, con lo que cuesta todo,
piensa que no compensa romperse los huesos,
hacerse viejo y sentencioso y arrugarse
mientras se escucha, idéntica, la campana,
mientras el hijo salta del terrón al cuartel,
y viceversa.

El labrador acostumbrado a rascarse los bolsillos
mira la tierra que no es suya,
vuelve la vista atrás y contempla el panorama,
qué lástima, tan bonito que parece una tarjeta
postal, con los surcos, con la noria, con la remolacha,
con los sarmientos, con las gavillas, con los garbanzos
fidelísimamente retratados al atardecer,
cuando las amapolas tienen un brillo póstumo
y el labrador se acuerda de su padre
por el sendero si venía con la carga
de panes amarillos y a mirar se ponía
la serena amplitud de este paisaje
que había de comérsele.

Viene por el sendero adormecido
el labrador mirando a las hormigas, qué lástima, tan diminutas,
tan olvidadas, que cualquiera las pisa
sin que nadie por ello sienta atropellados
los derechos humanos.

Viene para cederle al hijo la herramienta.

“POLÍTICA AGRARIA” es en realidad el mismo “POEMA DE LA
CONDENACIÓN DE CASTILLA”, sólo que con otro sentir y otra música. Es
un mensaje tremendista, pero sin tremendismo. Son los años de la emigración
y del comienzo del abandono de los pueblos. ¿Quién cargará con el silencio de
los pueblos? ¿Quién podrá evitar que las escalinatas de las iglesias se llenen
de hierbas, frescas, verdes, altas, lozanas, porque nadie las pisa o porque las
pisan pocos?

Ahí está la canción popular:

“Dicen que no la quieres
ni vas a verla,
pero la veredica
no cría hierba.”

“Támara” es el paradigma de la desolación. Tan musical de nombre, tan silencioso, tan cargado de Historia -a la que nadie ha conseguido poner en pie- y de silencio tan vivo y, sin embargo, viejo.

Gabino se duele por el campesino que en aquellos años -todavía- quedaba malviviendo en los pueblos mientras se frotaban las manos los poderosos por quedarse con lo que dejaban los que se marchaban. El campesino español -sobre todo el campesino castellano- forma una esfera social totalmente reaccionaria, que reverencia al poderoso, al señorito, al cacique, que es a lo que, en el fondo, aspira y, en sueños, se cree. Ese señorito al que siempre a su nombre anteponía el don. El único rebelde aquí es el jornalero que alquila sus brazos para las tareas del campo. Por eso se va y juntos formarán un día patria en Madrid, en el País Vasco o en Alemania.

Esta es la situación del campo español cuando se escribe “POLÍTICA AGRARIA” y es un dolor que se quede solo, sin hombres, sin trabajo para el hombre, sin hombres que vivan del trabajo.

TÁMARA

La recta horizontal del horizonte
 quiebra la torre de la iglesia en Támara.
 Aquí, primero, el bivio,
 más tarde está la paja,
 después bajo los arcos de sillería
 subo las verdes escalinatas,
 y es un olor a pan de horno y a gallinas
 lo que ahora posa ante la cámara,
 o imponente cigüeña
 hierática y pedánea,
 o niño que perece recorriendo
 las calles solitarias,
 las manos en los bolsos
 de su pantalón de pana.

Hoy -agosteoño, el sol cuece la piedra,
 los trigos cuece de la era abandonada,
 cuece el adobe viejo -escombros y ruina-
 y el polvo entonces se dilata

más allá de la Piña de Campos,
entre humo de fábricas cerámicas,
o en línea recta bajo la tortura
llegó después a Frómista judaica,
pasada la compuerta del canal
donde -rebelde, el agua
se encrespa- y -turbia, luego se desmorona
para perderse- verde, en la distancia.

Eco deshabitado, nadie responde al grito
que da el silencio cuando calla.
Nadie se mueve o crece, nadie recapitula
cuando el cuclillo canta,
cuando la pajarota se me esconde
zorzal o la abubilla cuando pasa,
la paloma se asusta o come el grajo
las espigas granadas;
cuando la era, cuando el trillo, cuando
todo yacente al sol suda y se aplasta,
se hace tabón y ausencia,
descolorida y funeraria estampa.

En el demonio gris dormido
brinca la soledad alta de Támara.
Mirar la iglesia semigótica se puede,
la unidad castellana,
el retablo mayor, los relieves del coro,
el facistol, la pila bautismal, las tallas,
que, mientras tanto, yo los campos tristes
miraré de codos en la baranda,
pardo Amusco a lo lejos,
también Santoyo viendo de la ruta románica
de esta Palencia que se muere
carcomida y encastillada.

Y después, finalmente, abro brecha en la tierra
y a la bodega bajo y bebo vino en jarra,
mientras sueño que en la tarde de fuego

todavía Julio Senador llama
 con su aldabón de furia
 a las puertas de la nación España.

Hay veces en las que Gabino Alejandro Carriedo tiene que usar la técnica del distanciamiento en el tiempo, como en el poema "Capítulo medieval". Esto ocurrió hace siglos, no pasen cuidado, cuando había señores y siervos, pero hoy ha sido superado y no es noticia del presente. Aunque hay señores, no hay esclavos. Pero el lector lee y calla y siente que ve reflejada la situación actual de mucha gente a la que domina un señor, y , a lo peor, su propia situación.

CAPÍTULO MEDIEVAL

Alguien ha disparado
 y el pueblo -inerte, solloza.
 El pueblo viene y va
 preguntando por qué, que dale y dónde y para cuál,
 pero la íntima razón se oculta
 en las tupidas ramas de la Historia,
 en los rincones húmedos, en los capítulos
 húmedos de la Historia,
 en cada uno de los disparos
 que aún disparan y sobrecogen, entre
 los polvorientos, pútridos, cenicientos
 volúmenes de la Historia.

Y alguien va y viene y ve argollas colgando
 de los ladrillos de la pared,
 el potro vil de las torturas,
 la incorregible palabra del verdugo,
 los perros hambrientos de Su Majestad.

Las ratas por los villorrios
 corren, denuncian, prevarican, saltan,
 corren la lepra, el cólera, las hambres
 y las amputaciones

de los miembros deshechos.
Oh, de perfil cayendo
el pueblo viene y va y pregunta
por qué, por dónde y para cuál, que dale,
aún no se explica, va y sacude
la frente, el sudor brota,
se maravilla el pueblo, pero cae y reza
-¡pídele a Dios, mendrugo!- y la cabeza cae
también y alguien dispara
y está la Historia sin dudarlo a salvo
pues todo sigue y algún día escuece.

El señor
en su torreón
se reparte las tierras,
se lo reparte todo.
Y el esclavo
empapado,
¿no ves? quítase la camisa,
limpia su sangre, besa al hijo
y se adentra en la cama.

La poesía, dirá más tarde Gabino Alejandro Carriedo, “no es un arma cargada de nada”, pero el poeta está obligado a disparar con ella por si recibe la sorpresa un día de que el diablo la cargó. Por eso dispara y dispara, se hace labrador sufrido, enumera soluciones -que no es lo suyo- y sácale música a las palabras -que sí es lo suyo- para que el ritmo la lleve a la diana. Si siempre Gabino Alejandro Carriedo consiguió una particular musicalidad del verso, en estos poemas agrarios, agrios, trágicos, es casi sinfónica de tanta sonoridad callada.

¿Pretende ser escuchado por quien tiene poder y así convertirse en vengador-salvador?

No, sólo busca que la poesía camine por el oído y encuentre, o mueva, la emoción de quien la lea. Sabe Gabino que lo primero es crear poesía. Los apellidos que arrastre después, son ajenos a ella. A lo mejor por eso ellos mismos están tan a gusto con lo de “realismo mágico” para no ser confundidos con lo social doctrinario.

Lo que cruza por los versos de Gabino Alejandro Carriedo es el temblor, dolor, tragedia que hay en el campo español porque dentro de ese campo hay un campesino trabajando de espaldas al desarrollo y ha descubierto que, todavía, el arado romano abre la tierra en campos que él conoce y que darían pan abundante y sin tanto sudor a quienes se van marchando de ellos porque “no compensa romperse los huesos.”

PALABRAS LABRADORAS

(De una carta)

Amor, aquí, qué ingrata
la tierra,
sin regadío y sin canal,
nada produce nada,
sin estación elevadora
crece el río y camino del océano
se va o subválvea se nos pierde
hacia una capa de nivel freático,
mientras que tú no almuerzas ni los hijos sácianse
ni duermo yo y trabajo de sol a sol y digo
cuándo las rocas parirán espigas,
cuándo la arcilla trocaráse en flor,
cuándo reiremos con el fruto entero.

Amor, aquí el embalse pongo y digo
que llenaría de agua el valle,
canales principales, acequias secundarias
proliferando y el cultivo dórase
dentro de la ilusión, y el pan qué blanco,
qué anaranjada la naranja
y el limón qué amarillo,
qué verde el olivar, la vega
hortícola qué verde,
y el porvenir también,
qué blanco el porvenir para nosotros.

Amor, aquí (termino, no te canso),

junto a la hectárea recuperable pienso
que pondría el azud de gravedad,
aliviaderos, túneles de impulsión,
compuertas, tuberías de impulsión,
yo qué sé, no soy técnico,
pero seguro estoy de que algún día
comeríamos bien y el hijo viste
de pantalón y estudia incluso,
oh, para siempre el campo rebosante,
mercado abierto, carretera abierta,
todo depende del canal,
cota 203,
vamos y convenzamos
a los tontos políticos,
al influyente personaje mudo
para parar el curso de agua viva
que corre loca y en el mar suicídase.

Vamos, amor y, por si acaso,
llevemos en la mano una herramienta.

Se podría cambiar todo si nos dan medios, si quieren hacer respirable el campo, humano el entorno del campesino. Conservar al hombre en su lugar es hacerle feliz; llenarle la despensa de pan, es hacerle feliz; acercarle, de verdad, lo que el progreso ha venido creando, es hacerle feliz.

EL MUNDO ESTÁ CAMBIANDO

Hay que volver los ojos a la tierra
-me dijo padre- los ojos a la madre olvidada
al pan y su raíz
al surco y la distancia
que volver la mirada al azadón
los ojos que volver -me dijo padre- la mirada
a tu maíz y mi gavilladora,
a la alubia de Juan, de Pedro a la patata
a los garbanzos de Castilla

de Levante al arroz y la naranja
 a la madera de estos montes
 a la aceituna del Sur, a la uva de La Mancha
 los ojos que volver -me dijo padre-
 al fruto entero de la madre patria
 un paso al frente los que tengan
 conciencia, los que aún ganas
 tienen de estar y los que aún
 cantan por la mañana
 canciones conocidas
 los que aún cantan
 -me dijo padre- sin que les tiemble el pulso
 lo que la vida en esperanza canta.

Hay que volver a dar un paso al frente
 del trabajo, que volver la mirada
 al filo de la hoz -me dijo padre-
 para segar el heno y cortar la cizaña
 los ojos que volver
 a la honesta postura donde el hombre se iguala
 -me dijo padre- los ojos a la luz
 allí donde el aire y el agua clara
 bañan la piel y el músculo, mecen el pensamiento
 del campesino que trabaja.

El mundo está cambiando -me dijo padre-
 hay que volver la página.

Esta solidaridad del poeta con el campesino, con la tierra que pisa el hombre que la trabaja, le viene a Gabino Alejandro Carriedo de su primera publicación "POEMA DE LA CONDENACIÓN DE CASTILLA" y de ese anarquismo natural que tan bien encajaba en su personalidad porque en el fondo, ahí están los últimos versos del poema "Parte de guerra para la paz":

"Nuestro estado mayor espera pronto
 darle la tierra a quienes la trabajan."

Hay tres sonetos, desapercibidos, de Gabino Alejandro Carriedo, que ROCAMADOR, número 18, dio a conocer en 1960, y a la vez desconcertantes.

Por la fecha de su publicación en la revista palentina podría pensarse que están dentro del clima en que se escribe “EL CORAZÓN EN UN PUÑO”, pero es difícil que estos sonetos los escribiera por entonces, más bien entraría en la creación coetánea a “LA PIÑA SESPERA”, el primero de ellos:

Melpóneme me pone un sobresalto...

Y a “LA FLOR DEL HUMO”, el segundo:

Ha sido en el trapiés de la trastienda...

Pero no consigo encajar en el tiempo de alguno de sus libros el tercero, completamente distinto en la intención y en la materia, masa similar en la forma a los otros dos. ¿Es también del tiempo de ellos o fue concebido más tarde, aunque con aquel acento?

Lo sorprendente es que la posición testimonial, su compromiso de “deber cívico”, asoma ya en su etapa de postista. ¿Qué pintaba si no España en aquel entramado de música, juego y deslumbramiento por la yuxtaposición desconcertante de palabras?

Dentro del juego palabrero está la denuncia y el advertimiento.

España tiene caja en la canora
tan prósbita la vista de mochuelo,
y aunque en el ojo tiene cierto orzuelo
su ceja es cual la caja de Pandora.

Su caja que es la pájara canora
si la vista en la pista del mochuelo,
y su órbita es el ojo del orzuelo,
no sabe que lo piensa y es Pandora.

Esta España no expone, no repone,
no pospone, antepone o yuxtapone,
pero pone su huevo la gallina.

La pájara tenía un circo Krone,
de mochuelo la caja no dispone,
se resuelve Pandora en oficina.

Qué lejos, en la forma, de Blas de Otero, y qué cerca en el sentir. Es el mismo cuento con distinto canto.

“Madre y maestra mía,
España miserable
y hermosa.”

“Madre y maestra mía, triste, espaciosa España.”

“Patria
perdida,
recobrada
a golpes de silencio.”

Lo más sorprendente en Gabino Alejandro Carriedo, contradictorio en todos los actos de su vida, menos en callarse por entero su intimidad, (según Santiago Amón, posiblemente, su mayor admirador, rayano, casi, en la devoción) es ese enfrentarse y renegar, vital y poéticamente, de todo aquello que le dio seguridad y relieve (Ángel Crespo, Santiago Amón, Andrea Sanz, su compromiso social, es decir, “su deber cívico”) por más que, en ocasiones, fuera sólo temporalmente.

Gabino Alejandro Carriedo, poeta que cercano a los 24 años de su muerte no ha sido revisado, ni provincial ni nacionalmente, y por lo mismo valorado en su justa dimensión, será siempre tenido en cuenta por tres características de su poesía:

- La música personal de su verso
- El uso poético del lenguaje popular ciudadano
- El compromiso civil en la denuncia social

Y cuando señalo -y afirmo- que ni provincial ni nacionalmente Gabino Alejandro Carriedo ha sido puesto en su sitio, revivido, aupado a la altura de los poetas más altos de su generación (y que sí fueron alzados por encontrar elevadores dispuestos a tal fin, cuando ya el poeta palentino había muerto - nadie se acuerda de los muertos pues no pueden devolver favores-) no debe ser mal interpretado.

Valorar como es debido a Gabino Alejandro Carriedo no se consigue con un trabajo como éste, verbigracia, que será leído por un malcontado centenar de personas, ni otros como el mío, aunque con más oficio, ni siquiera por unas tesis doctorales que, publicadas, serán conocidas por el mismo núme-

ro de personas, en el mejor de los casos, y si no son hechas públicas, sólo por el autor, familiares y el equipo del director. Así, desde luego, no se eleva a su categoría al, posiblemente, más alto poeta palentino después de Jorge Manrique. Sólo se le recuerda.

Valorar a Gabino Alejandro Carriedo, provincialmente, es llevar sus poemas a las escuelas y a la E.S.O., reeditar sus obras para que sean leídas y difundidas, promover seminarios y cursos en los que los enseñantes de Literatura lo valoren y así lo den a conocer a sus alumnos. Y, hasta si me apuran, colocar un busto en un jardín público que abra el apetito de la curiosidad y desde él otros más intensos.

Valorar a Gabino Alejandro Carriedo no es revolver en sus papeles, en sus cuadernos, en sus escritos y sacar de ellos todo lo que al investigador se le antoja como impactante, novedoso o exclusivo, es el caso de los libros primerizos, los primeros versos de juventud, los poemas nacidos del primer amor que siempre se creyó definitivo y casi nunca tuvo duración y, menos, punto de llegada, todo aquello que pertenece al campo de la intimidad, pues el poeta conservó pero no dio a conocer por razones que van desde el pudor al convencimiento personal de que ese material había sido superado por lo que le siguió.

Casi siempre lo que se percibe de verdad en estos alumbramientos por mucha que sea la erudición con que se envuelven y protegen, es el deseo del descubridor de recibir él el aplauso sin importarle, o muy poco, el autor de lo descubierto, demostrar su profesionalidad, sus grandes conocimientos literarios disfrazando así el oportunismo.

Sigo pensando que nadie tiene derecho a dar a conocer cuanto un autor ocultó en vida sabiendo por qué no lo hacía público. No se debe olvidar que el primer crítico de una obra es el autor de ella. Sólo sería lícito, desde mi punto de vista, la publicación de textos de un escritor muerto cuando estos fueran superiores a lo conocido.

Verdaderamente este supuesto no suele ocurrir, sino el contrario. Y me pregunto, ¿qué aportación recibe un escritor cuando, muerto, le publican lo que él no quiso?

Algo de esto se está haciendo con la obra inédita de Gabino Alejandro Carriedo.

Entren los investigadores en el legado artístico del poeta y si encuentran algo que esté a la altura del gran poeta, denlo a conocer pero no saquen a la luz el material de aprendizaje.